

ESPARTACO.

Sigueme, sigueme, héroe.

ORIEL.

Sublime soldado de la libertad, tu alma es el primer matiz de la redencion del esclavo.

VII.

ESPARTACO (*á los esclavos*).

Hermanos en el dolor y en la servidumbre, tiempo es ya de que rompamos nuestras cadenas. Unos thracios, otros galos, todos teníamos libre y seguro hogar allá en los desfiladeros de nuestras montañas, en las sombras de nuestros bosques, donde los dioses pátrios habitan, entre los sepulcros de nuestros padres y las cunas de nuestros hijos. Ningun daño habíamos hecho á Roma. Correr por los riscos, saltar los abismos, oír el ruido de los torrentes, cazar la fiera en su caverna y el águila en su nido; cosechar los espontáneos frutos de los árboles, ofrecer sacrificios sencillos á los dioses y hogar seguro á la familia idolatrada, ocupaciones eran que en nada podían dañar á la omnipotencia de Roma sobre la tierra. ¿Qué le iba, pues, á la Ciudad Eterna en con-

sentir algunos cazadores libres, algunos campesinos independientes, lejos de la sombra de sus banderas, del filo de sus espadas, en el seno de la vivida naturaleza? Y si al cabo nos hubiera vencido en buena y abierta lid, como ha vencido á tantos otros pueblos, veriamos en su victoria la mano vigorosa del destino. Pero sorprendidos cuando estábamos á la descuidada; cazados como se caza una bestia; puestos á modo de vil manada en cadenas; conducidos al mercado, y vendidos allí, á voz de pregonero, entre rechiflas é insultos, para que despues de contarnos tras sus caballos y sus ganados, cual si de razon careciéramos, nos obliguen, en divertimento suyo, á matarnos mutuamente nosotros y por nuestras propias manos, ¡oh! es un crimen que Roma ha de purgar con expiacion larguísima en la interminable corriente de los tiempos. Compañeros, poned la mano sobre vuestro pecho, y sentireis latir un corazon como en el pecho empedernido de vuestros amos; contad los huesos de vuestro cuerpo, y vereis que son los mismos huesos del cuerpo de vuestros señores; medid con ellos vuestras fuerzas, y luego correrán como corrian las timidas aves á la sombra no más de vuestros arcos. Todos somos iguales; todos hemos nacido

de mujer; todos moriremos y nos perderemos en las entrañas de la naturaleza. Y cuando pasais la mano por la frente, cuando en el vagar del trabajo ó en las horas del insomnio, penetrais en el pensamiento, allá en los abismos interiores de vuestro sér, encontrais que un alma, sí, un alma ó un misterio, pero algo que no podeis ver, que no podeis tocar, pero que deslumbrante se os aparece á la vista interior, os enseña que sois iguales á los romanos; ¿qué digo, iguales? superiores, porque al cabo ellos cometen la infamia de ser amos, mientras nosotros somos las víctimas de su infamia, los perseguidos por su codicia, los sacrificados á su ambicion, á su lucro, á sus placeres. No más sufrir. Hombres somos, y por hombres, no podemos ser de nadie propiedad. Para la libertad nacimos, y esta libertad no puede sernos arrebatada, sino cometiendo el más vil y el más infame de todos los despojos. Reivindiquemos, reivindiquemos con fuerza, con energía, no ya una propiedad externa y material, sine nuestro propio sér, nuestra propia conciencia. Cambiemos la gemmonía por el hogar; los dioses enemigos por los dioses lares; la sombra de la ergástula por la luz purísima de la montaña; la condicion de siervos por la condicion

de libres: que todo lo conseguiremos con solo volver hácia el pecho de nuestros tiranos las armas que debíamos esgrimir contra nuestros propios pechos. No vacilemos. A la batalla, y pronto. Que Italia sienta todo el peso de su crimen. Que Roma vacile en su altísimo trono. Que sus águilas huyan de nuestras flechas con espanto. Que esos tímidos señores del mundo, bañados en aguas olorosas, vestidos de brocados asiáticos, perfumados como mujeres, adscritos al triclinio, donde gastan la vida entre los besos forzados de nuestras hijas, las esclavas, y las libaciones continuas de sus embriagadores vinos, veneno del alma, bajen ahora al Circo, donde nosotros los citamos; al noble circo de los campos de batalla, y peleen, y caigan y mueran, dándose en espectáculo á nosotros que tantas veces hemos divertido sus criminales ócios. A la pelea, á la guerra. Si, la guerra fortifica, sostiene, educa, eleva á los fuertes, sobre todo, la guerra por nuestra libertad; la guerra por la sagrada causa de la justicia. Pelearemos y venceremos: que nada en el mundo se resiste á una voluntad decidida. Pero si nos toca sucumbir, moriremos serenos, con la sonrisa en los labios, con la paz en la frente, con la esperanza de la inmortalidad en el pecho, se-

guros de que hemos dejado sembradas en los regueros de nuestra sangre la semilla inmortal de la libertad para nuestros hijos, y el ejemplo inmortal de un grande sacrificio para todos los pueblos que combaten por la libertad y por la patria.

Sigámosle.

CINTIA.

¿Cuántos sois?

ORIEL.

Somos doscientos.

CINTIA.

¡Doscientos! ¿Cuántos serán los romanos?

ESPARTACO.

No os conteis á vosotros mismos; no conteis tampoco á vuestros enemigos.

ORIEL.

Contad con la justicia.

ESPARTACO.

Trescientos de mis antepasados detuvieron, allá en los desfiladeros de las Thermópilas, todo el inmenso poder de la guerrera Asia.

UN GRUPO DE ESCLAVOS.

¡Libertad! ¿Qué quiere decir libertad?

ORIEL.

¡Oh encallecida conciencia!

ESPARTACO.

Mira; la cadena penetra hasta el alma y la envilece.

ORIEL.

Mata el tormento y la deshonra hasta los afectos más naturales y primitivos.

UN ESCLAVO ILIRIO.

Yo he sido comprado, yo no me pertenezco.

UN ESCLAVO TRHACIO.

Yo soy de Léntulo Batiatus. Yo soy su propiedad.

ESPARTACO.

¡Oh mengua!

EL ESCLAVO ILIRIO.

Los dioses lo han querido.

ORIEL.

Estúpida resignación.

EL ESCLAVO TRHACIO.

¿Donde iríamos nosotros que nos acogieran?

ORIEL.

¿Pues qué, la naturaleza rechaza á alguno de

sus hijos? Como viste al ave, te vestirá á ti; como alimenta á las fieras, á ti tambien sabrá alimentarte.

UN GRUPO DE ESCLAVOS.

No, no; quereis explotarnos, quereis perdernos.

ESPARTACO.

Puede haber mayor perdicion que vuestra suerte? puede haber mayor explotacion que la explotacion de vuestros amos?

EL ESCLAVO TRHACIO.

No haremos más que cambiar de dueño. Hoy nos manda Léntulo, mañana nos mandará Espartaco.

ESPARTACO.

Elegid otro. Yo le sigo.

EL TRHACIO.

A ninguno se le ha ocurrido lo que á ti; por consecuencia tú debes ser nuestro jefe.

ESPARTACO.

Pues seguidme. Al campo; juremos como Anibal eterno odio á Roma.

GRUPO DE ESCLAVOS.

No te comprendemos.

ORIEL.

Es verdad. ¿Cómo lo habeis de comprender? Si lo comprendiérais no seriais siervos, seriais Espartacos.

CINTIA.

Para formar al hombre es necesario formar antes su conciencia.

ESPARTACO.

¡Trhacio! Has nacido allí, te has criado allí, ¿y no sientes deseo alguno de volver á nuestras montañas?

EL TRHACIO.

No me pertenezco.

ESPARTACO.

¿Te has enajenado tí mismo?

EL TRHACIO.

No.

ESPARTACO.

Y aunque quisieras ¿podrías tú jamás enagenarte, venderte, sin que todo tu sér se revelara contra tí mismo?

EL TRHACIO.

Me han enagenado. Solo me toca sufrir hasta la muerte.

ORIEL.

¡Oh desesperacion!

OTRO GRUPO DE ESCLAVOS.

Y luego vosotros ¿qué quereis? Poneros en lugar de nuestros amos.

ORIEL.

¡Imbéciles!

ESPARTACO.

No les insultes, compadécelos.

ORIEL.

Es verdad; si ellos no fueran así, ¿habria esclavitud en el mundo?

ESPARTACO.

No la habria.

CINTIA.

Espartaco, huyamos. Si Batiatus viene, se valdrá de sus propios esclavos contra nosotros.

ESPARTACO.

Sigame quien quiera. A la pelea.

BATIATUS (*desde una ventana*).

¿Qué ruido es ese? No me habeis dejado dor-

mir esta madrugada. ¿Por ventura os preparais para la funcion de esta tarde? Ya os he dicho que debeis combatir hasta la muerte los dos primeros: Espartaco y Oriel.

ORIEL Y ESPARTACO.

Si, ya hemos jurado combatir hasta la muerte; pero contra ti.

BATIATUS.

¿Qué oigo?

ESPARTACO.

Y contra Roma.

ORIEL.

Contra su dominacion en el mundo.

BATIATUS.

¡Ah! mercader infame, ¡qué venta hizo! ¡Qué infamemente me engañó!

ESPARTACO.

Quien quiera seguirme, que me siga. Voy á la libertad, voy á la pátria.

BATIATUS.

¿Dónde habrá aprendido semejantes palabras? ¿Habrá ido alguna vez ese tunante á los comicios ó al senado?

ESPARTACO.

Seguidme.

BATIATUS.

¡Ah de mis gentes! ¡ah de mis siervos! A ellos.
(*Los esclavos vacilan.*)

ESPARTACO.

¿Sereis capaces de prestar mano á vuestro opresor contra vuestros libertadores?

BATIATUS.

Yo soy la ley.

ESPARTACO.

No hay ley que valga contra las eternas leyes de la justicia.

BATIATUS.

¡Qué extraño lenguaje! No lo he oído nunca ni en labios de los más exaltados tribunos.

ESPARTACO.

Mi libertad es mi ley.

BATIATUS.

Te he comprado.

ESPARTACO.

Déjame la libertad y yo te juro que te devolveré tu dinero, el dinero que has dado por nosotros.

BATIATUS.

¡Proposición donosísima!

ESPARTACO.

Después de todo, ¿no era mía mi vida? ¿No era mía mi libertad? ¿No era mía mi familia? ¿No era mía mi montaña? ¿Qué indemnización me has dado por todo esto?

ORIEL.

La ergástula, la gemmonía, la fusta, la horca, la saliva en la cara, la sangre chorreando por todo el cuerpo, la muerte en el Circo, la infamia y la deshonra en el alma.

BATIATUS.

Pero ¿será posible? Una sublevación de esclavos

ESPARTACO.

No, sublevación no. El esclavo se vuelve á su hogar, el esclavo se vuelve á su patria. Vosotros y solo vosotros habeis intentado una sublevación contra la naturaleza humana.

ORIEL.

La libertad, la libertad es nuestra. Nadie puede, nadie, quitárnosla.

BATIATUS.

¿En qué escuela de sofistas habeis aprendido todos esos disparates? Roma dejará de ser Roma sino ahorca á todos los filósofos.

ORIEL.

Pues qué, ¿no tiene cada hombre una maestra inmortal en su respectiva conciencia?

BATIATUS.

Yo creí comprar fuertes gladiadores, y he comprado ridiculos sofistas.

ESPARTACO.

Tú creíste comprar bestias, y has comprado hombres. Las bestias hubieran puesto el lomo á tu carga, los hombres te arrojan con desprecio á tierra.

BATIATUS.

¡Ah de mis esclavos! ¡Ah de mis gentes! Cazadlos.

ESPARTACO.

El que quiera ser libre, que me siga. El que quiera ser esclavo, quédese en paz con su tirano.

BATIATUS.

Esclavos, ¡á ellos!

ESPARTACO.

Esclavos, á la pátria!

ORIEL.

Esclavos, á la libertad!

CINTIA.

Esclavos, á vuestra religion!

BATIATUS.

Esclavos, á vuestro amo!

ORIEL.

Esclavos, á la ergástula, á la muerte, ó á la libertad ó á la vida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BATIATUS.

Vais á ser cazados como fieras.

ESPARTACO.

Vais á vencer á vuestros dominadores. Vais á redimir á vuestros hijos.

(Setenta esclavos siguen á Espartaco, que sale hácia el campo. Ciento treinta se quedan en casa de Batiatus, inmóviles ante sus órdenes imperiosas.)

VIII.

ESPARTACO *(en la cima del Vesubio)*.

Hermoso, maravillosísimo espectáculo. ¿Por qué, por qué esta deslumbradora tierra ha de engendrar tiranos tristemente? A mis piés el mar azul, que parece un pedazo de cielo echado sobre la tierra, y que bordan de estrellas los rayos del sol. A mi izquierda, las montañas de los Abruzos, esmaltadas por reflejos de color violeta y ceñidas por nieves que fingen como diademas de nácar, pirámides de cristal. Recostadas entre pámpanos, besadas por las olas, ciudades de origen griego, hermosas ciudades llenas con todos los prodigios del arte. Aquí, allá, á manera de sirenas, que sacan sus cuerpos de las olas, para recibir los besos de la luz, esas islas que tantas veces han oído los cánticos de nuestros poetas, y han visto pasar en las triremes doradas las teo-